

**Informe de no conformidad: fenomenología del defecto y epistemología
del inspector de calidad**

**Non-conformance report: phenomenology of the defect and epistemology
of the quality inspector**

Escudero, Iker Andrés¹

Escuela Politécnica de Ingeniería de Gijón, Universidad de Oviedo

Gijón, España

ikerandrescudero@gmail.com

Resumen

Este artículo adopta una metodología filosófico-hermenéutica aplicada al análisis de prácticas técnicas contemporáneas. A partir de la distinción heideggeriana entre el útil a la mano y el útil ante los ojos, se argumenta que el inspector habita de forma permanente y profesional el modo de ser que Heidegger reservó para el instante de la ruptura: el desocultamiento del objeto técnico. La pieza conforme es invisible; solo el defecto detiene el tiempo y exige pensamiento. Esta posición epistemológica singular —conocer desde el fracaso, desde la no conformidad— no ha sido tematizada por la filosofía de la tecnología contemporánea, que ha preferido centrar su atención en el diseño, el uso y la mediación técnica (Ihde, 1990; Feenberg, 1999).

Se articula además con la noción de atención elaborada por Simone Weil, entendida como acto ético de vaciamiento ante lo real, y con la ontología spinoziana de la perfección como grado de realidad, que cuestiona la jerarquía moral implícita en el concepto de defecto. Por último, se propone el informe de no conformidad —género burocrático propio del inspector— como texto filosófico no reconocido: un documento que nombra la brecha entre el ideal y lo actual y

¹ Estudiante de Ingeniería Química Industrial por la Escuela Politécnica de Ingeniería de Gijón (Universidad de Oviedo). Poeta y narrador. Autor de *El hambre* (XV Premio de Poesía de la Universidad de Oviedo) y *La violencia que aprendimos* (Editorial Talón de Aquiles).

que, en esa operación, revela más sobre la naturaleza del ser técnico que cualquier manual de ingeniería.

Abstract

This article adopts a philosophical-hermeneutic methodology applied to the analysis of contemporary technical practices. Drawing on Heidegger's distinction between ready-to-hand and present-at-hand, it argues that the inspector permanently and professionally inhabits the mode of being that Heidegger reserved for the moment of breakage: the unconcealment of the technical object. The conforming part is invisible; only the defect arrests time and demands thought. This singular epistemological position —knowing from failure, from non-conformity— has not been thematized by contemporary philosophy of technology, which has tended to focus on design, use, and technical mediation (Ihde, 1990; Feenberg, 1999).

The article further articulates this position with Simone Weil's notion of attention as an ethical act of self-emptying before the real, and with Spinoza's ontology of perfection as a degree of reality, which challenges the moral hierarchy implicit in the concept of the defect. Finally, the non-conformance report —the inspector's own bureaucratic genre— is proposed as an unrecognized philosophical text: a document that names the gap between the ideal and the actual, and in doing so reveals more about the nature of technical being than any engineering manual.

Palabras clave

Fenomenología. Defecto. Epistemología. Atención. Ontología técnica

La pieza conforme y la invisibilidad del orden

En cualquier sistema de producción industrial existe una asimetría fundamental que pasa desapercibida: la pieza que cumple los requisitos no existe filosóficamente. Nadie la ve. El operario la coloca, el técnico la mide, el sistema la registra como aprobada y el proceso continúa. La conformidad es transparencia: la pieza aceptada se convierte de inmediato en parte del flujo, disuelve su individualidad en la cadena y desaparece. Solo el defecto, la pieza que no conforma, detiene el tiempo. Solo el fallo convoca la mirada.

Esta asimetría no es trivial. En ella se asienta una posición epistemológica que la filosofía ha ignorado con llamativa consistencia. Los grandes tratados sobre el conocimiento técnico —desde Aristóteles hasta la filosofía contemporánea de la tecnología— han prestado atención al diseño, a la fabricación, al uso. Nadie ha pensado con detenimiento al inspector de calidad, ese sujeto cuyo saber se constituye exclusivamente a partir de la ruptura del orden.

El presente artículo sostiene que esta figura laboral encarna una relación con lo real que merece análisis filosófico propio. No porque sea heroica ni especialmente contemplativa, sino por razones estructurales: el inspector es quien ha hecho de la excepción su método y del defecto su objeto de conocimiento. Trabaja en el umbral entre lo que debería ser y lo que es, y ese umbral tiene una densidad ontológica que los saberes técnicos acostumbran a ignorar.

Heidegger y el defecto como desocultamiento

Martin Heidegger, en el parágrafo 15 de *Ser y tiempo*, introduce una distinción que resultará central para nuestro análisis. El útil a la mano (*das Zuhandene*) es el artefacto en su modo ordinario de ser: disponible, transparente, integrado en la red de remisiones que constituye el mundo del trabajo. El martillo que martilla bien no aparece como objeto; se retira hacia su función. Sin embargo, cuando el útil se rompe o falla —cuando se revela como estropeado—, su modo de ser cambia radicalmente: se convierte en objeto ante los ojos (*das Vorhandene*), se destaca del fondo y reclama atención. El mundo, en ese instante, se hace visible.

Lo que Heidegger describe como un evento excepcional —la ruptura que desvela— es, para el inspector de calidad, el modo cotidiano y profesional de relacionarse con las cosas. El inspector no espera a que la herramienta se rompa para que el objeto le aparezca; su función consiste precisamente en provocar ese aparecer, en buscar la grieta, la soldadura deficiente, la tolerancia superada. Su mirada está entrenada para habitar el modo de ser de lo estropeado antes de que lo estropeado se manifieste (Heidegger, 2012).

Esto tiene consecuencias epistemológicas notables. Si el desocultamiento —la *aletheia* heideggeriana— se produce en el momento en que algo falla,

entonces el inspector es el trabajador de la *aletheia*. Su método es sistemáticamente anticonformista: parte de la hipótesis del fallo, verifica contra el estándar, documenta la desviación. Su saber es, en sentido estricto, un saber del límite. No conoce la pieza en su funcionamiento pleno; la conoce en sus bordes, allí donde el ideal y lo real se separan.

Hay en esto algo que Heidegger no elaboró: la posibilidad de una práctica sostenida del desocultamiento, no como epifanía accidental sino como disciplina. El inspector no descubre el ser del útil por accidente; lo busca metódicamente, turno tras turno, pieza tras pieza. Esto sugiere una forma de atención técnica que merece ser pensada filosóficamente en sus propios términos.

La atención como ética: Simone Weil en la línea de producción

Simone Weil, en sus *Reflexiones sobre las causas de la libertad y la opresión social* y en sus ensayos sobre la atención, propone una idea que conviene rescatar aquí: la atención verdadera es un acto de vaciamiento. No se trata de concentrarse con esfuerzo, sino de suspender el deseo de llegar a una conclusión, de permanecer disponible ante lo que se muestra. Weil (2014) opone esta atención activa a la atención funcional, que solo percibe lo que ya espera percibir.

La distinción weiliana cobra una especificidad notable cuando se aplica al trabajo de inspección. El inspector mal formado —y Weil habría reconocido este tipo en sus años de trabajo en las fábricas— busca confirmar, no descubrir. Ve lo que quiere ver porque el tiempo presiona, el volumen de piezas es inmenso y el no-conforme genera papeles, explicaciones, responsabilidades. La inercia del sistema productivo empuja hacia la conformidad. Encontrar defectos es costoso; no encontrarlos, cómodo.

Weil diría que esta inercia es una degradación ética del trabajo. La atención auténtica exige lo contrario: estar dispuesto a que la pieza muestre lo que tiene, no lo que uno necesita que tenga. Este vaciamiento —que Weil relacionaba con una dimensión casi mística de la presencia— tiene en el trabajo de inspección una concreción material y verificable: la tolerancia de medida, la escuadra, el calibre. La herramienta de medición es, en este sentido, el dispositivo que fuerza la atención objetiva, que hace imposible el engaño voluntario o involuntario. Pero el dispositivo no basta. Hay una actitud previa que

Weil habría llamado disposición moral: la voluntad de ver lo que es, aunque lo que sea contradiga el flujo.

Esta lectura weiliana del trabajo de inspección ilumina algo que los manuales de calidad nunca nombran: que la honestidad técnica tiene una dimensión ética irreducible a los procedimientos. El informe que documenta un defecto cuando sería más cómodo no documentarlo es un acto de fidelidad a lo real que trasciende la mera competencia profesional.

Spinoza y la ontología de lo imperfecto

El vocabulario de la inspección de calidad está saturado de juicios de valor encubiertos como juicios técnicos. Una pieza es "conforme" o "no conforme"; una soldadura es "aceptable" o "defectuosa"; un componente "supera" o "no supera" la inspección. Este lenguaje, aparentemente neutro, arrastra una jerarquía ontológica implícita: lo conforme es mejor, más real, más completo que lo no conforme. El defecto se presenta como una carencia, una privación del ser.

Spinoza, en la *Ética*, desmonta precisamente esta jerarquía. Establece que cada cosa se esfuerza por perseverar en su ser según su propia naturaleza (Spinoza, 2000). No hay una escala de perfección que vaya del menos al más ser; hay distintos grados de potencia, distintas formas de existir. La definición de perfección como plenitud de ser es, para Spinoza, una proyección humana, no una propiedad objetiva de las cosas.

Aplicada a la inspección técnica, esta idea tiene un efecto perturbador. La pieza que no cumple el estándar no es ontológicamente inferior a la que lo cumple: es diferente. Tiene una existencia propia, una materialidad específica, una historia de fabricación que la ha llevado a ser como es. El defecto no es una ausencia de ser, sino una presencia de ser que difiere del ideal. La no conformidad nombra una relación —entre la pieza y la norma—, no una propiedad intrínseca del objeto.

Esta perspectiva spinoziana conecta, de hecho, con la práctica estadística del control de calidad, que no entiende el defecto como monstruo sino como distribución, como información sobre el proceso. La carta de control —herramienta central de la ingeniería de calidad— es, en cierto modo, un dispositivo spinoziano: no juzga, describe; no condena, señala tendencias. La

pieza que cae fuera del límite de control no es una pieza mala; es una señal de que algo en el proceso ha cambiado.

El informe de no conformidad como género filosófico

El informe de no conformidad (INC) es un documento burocrático. Tiene campos fijos: número de referencia, fecha, componente afectado, descripción de la desviación, disposición propuesta, firmas. Nadie lo considera literatura; nadie lo estudia en una facultad de filosofía. Y, sin embargo, el INC realiza una operación que los filósofos del lenguaje reconocerían como extraordinaria: nombra el intervalo entre el ideal y lo actual.

Cada INC comienza con una afirmación implícita: *esto debería ser así y no lo es*. Esta estructura bipartita —el estándar y la desviación— es la misma que organiza toda la tradición crítica en filosofía, desde la crítica platónica de lo sensible respecto a la Idea hasta la crítica marxista de la realidad respecto al concepto de lo humano. El INC es, en miniatura, un acto de crítica: señala la distancia entre lo normativo y lo existente.

Pero hay algo más en el INC que no tiene equivalente en los géneros filosóficos canónicos: su carácter de acta. El INC no solo señala la distancia; la certifica, la fecha, la firma, la convierte en registro oficial. Hace de la brecha entre ideal y real un hecho institucional, un dato del mundo. Esta operación —transformar la excepción en documento— tiene consecuencias que los sistemas de calidad conocen bien: el INC es la base del análisis de causas raíz, del plan de acción correctiva, de la mejora continua. Sin el documento, el defecto se evapora; con él, se convierte en palanca de transformación.

Aquí la filosofía del lenguaje de Austin (1962) puede añadir precisión. El INC no es un enunciado descriptivo que simplemente refiere un estado de cosas; es, en parte, un enunciado realizativo. Al declarar una no conformidad, el inspector no solo describe; hace algo: activa un protocolo, obliga a una respuesta, distribuye responsabilidades. La firma al pie del INC es, en el sentido austiniano, un acto de habla con consecuencias institucionales.

El INC es, pues, un texto que dice: esto existe, difiere del ideal, y esa diferencia importa lo suficiente como para quedar escrita. En su sequedad burocrática —su tipografía normalizada, sus casillas, su lenguaje técnico sin

metáforas— el INC alcanza una forma de honestidad radical que muchos géneros filosóficos aspiran en vano a lograr.

Conclusión: conocer desde el fallo

Este artículo ha propuesto leer al inspector de calidad como una figura filosóficamente relevante no a pesar de su carácter técnico y laboral, sino precisamente a través de él. La posición del inspector —habitar el límite entre la norma y lo real, conocer desde el fallo, documentar la brecha— ofrece recursos inesperados para pensar tres problemas filosóficos persistentes: la relación entre ser y aparecer (Heidegger, 2012), la ética de la percepción (Weil, 2014) y la ontología de la imperfección (Spinoza, 2000).

Lo que resulta más inquietante de este análisis es quizás lo siguiente: en ningún lugar del discurso filosófico occidental encontramos teorizada la epistemología del inspector. Tenemos una filosofía del artesano (Platón), del ingeniero (filosofía de la técnica), del científico (epistemología). Pero el saber que se constituye desde la excepción, desde la pieza que no entra en ningún cajón del orden, ha permanecido sin nombre.

El inspector sabe lo que la norma no puede saber: que la realidad es siempre más rica que el estándar que se le aplica. Que la pieza rechazada existe, tiene historia, tiene materia. Que el defecto no es el fracaso del mundo sino el fracaso de nuestra imagen del mundo. Y que nombrar esa distancia —con la fría precisión de un formulario— es, quizás, uno de los actos más filosóficos que el trabajo moderno produce en silencio.

Referencias

- Austin, J. L. (1962). *How to do things with words*. Oxford University Press.
- Feenberg, A. (1999). *Questioning technology*. Routledge.
- Heidegger, M. (2012). *Ser y tiempo* (J. E. Rivera, Trad.). Trotta. (Obra original publicada en 1927)
- Ihde, D. (1990). *Technology and the lifeworld: From garden to earth*. Indiana University Press.
- Spinoza, B. (2000). *Ética demostrada según el orden geométrico* (A. Domínguez, Trad.). Trotta. (Obra original publicada en 1677)

- Weil, S. (2000). *La gravedad y la gracia* (C. Ortega, Trad.). Trotta. (Obra original publicada en 1947)
- Weil, S. (2014). *Reflexiones sobre las causas de la libertad y la opresión social* (M. Muñoz Iglesias, Trad.). Trotta. (Obra original publicada en 1955)